

*Marco Bellingeri y **José Luis Rhi-Sausi, *Il Messico, nazionalismo, autoritarismo, modernizzazione (1867-1992)*, Firenze, Giunti, 1993.

Los estudios sobre América Latina y México han tenido en Italia una difusión menor con respecto a Francia, España y Alemania e inclusive Inglaterra. Esto se debe a los vínculos políticos y económicos, más débiles, que Italia estableció con el continente, desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Además la corriente migratoria italiana, de 1880 a 1930, se dirigió prevalentemente a los países del Cono Sur, dejando al margen a México y América Central: lo que explica los mayores vínculos culturales con Argentina, Uruguay y Brasil.

Sin embargo, el interés hacia América Latina ha conocido un gran auge a partir de los años setenta, cuando la cultura juvenil y de izquierda asimiló el mito revolucionario latinoamericano. Cuba, Chile, Argentina, Uruguay y finalmente Nicaragua, han poblado la imaginación de una generación de italianos. Junto con el interés «político», florecía el atractivo folclórico-romántico: el Brasil de Jorge Amado, la Colombia de García Márquez, el Perú de Vargas Llosa, el México de Fuentes y Castaneda. México ha alimentado el espacio de la imaginación sobre todo con el cine, que ha explotado ampliamente el mito de la revolución. Personajes como Francisco Villa y Emiliano Zapata se volvieron entonces parte del sueño latinoamericano y del panteón de los héroes revolucionarios de izquierda, junto con el Che Guevara y Camilo Torres.

El despertar del interés «latinoamericano» ha tenido consecuencias en la investigación y en la vida académica. Numerosos estudiantes hacían entonces tesis sobre América Latina, y los docentes e investigadores orientaban sus estudios hacia el continente. A pesar de que las obras producidas en

*Marco Bellingeri (Turín, 1951) ha trabajado por más de una década en México como investigador en el INAH, y es ahora docente de Historia de América Latina en la Facultad de Ciencias Políticas de la Università di Torino, en Turín. Ha publicado numerosos ensayos, en México y en Europa, sobre la historia y la cultura mexicana.

**José Luis Rhi-Sausi (Ciudad Victoria, México, 1947), economista y sociólogo, es actualmente el coordinador de investigación en el Centro Studi di Politica Internazionale (CeSPI) de Roma. Ha publicado ensayos sobre los problemas del desarrollo en América Latina.

Italia y las que fueron traducidas del español, pusieron a disposición del público un número discreto de títulos, cualquier persona que se interesara por América Latina tenía que consultar obras en idiomas diferentes del italiano. La bibliografía, además de escasa, se enfocaba a temas prehispánicos y de la conquista española, o a la literatura. El único foro para publicar y debatir sobre temas latinoamericanos era la revista *Nova Americana*, editada en Turín por Einaudi, ahora desaparecida. La historia y los estudios políticos tenían como centro la ciudad de Turín, siendo los autores más distinguidos, Marcello Carmagnani y Ruggero Romano. La posición de Turín —a unos cuantos kilómetros de la frontera con Francia— y la poderosa influencia «braudeliana» que se advierte en las investigaciones, sitúan esta primera etapa de estudios más en la periferia sur del país galo que en el límite norte de Italia.

A partir de los años ochenta hasta hoy, ha iniciado una fase más dinámica de los estudios sobre América Latina. Paradójicamente, el interés público y popular ha ido declinando. El Estado, que considera prioritario el espacio mediterráneo y Europa Oriental, ha dejado en segundo lugar a América Latina, mientras que la desaparición del bloque comunista y la paralela crisis histórica de la izquierda, han quitado interés a los acontecimientos latinoamericanos. La crisis del marxismo, en fin, ha provocado la disminución de los estudios económicos y el auge de los estudios políticos y etnohistóricos. La desaparición del comunismo como opción histórica ha empujado a investigar los orígenes y el desarrollo del liberalismo, y de los sistemas democráticos. Paralelamente, han tenido un auge cada vez mayor los estudios sobre temas vinculados con la etnicidad y la religión, fenómenos a menudo trágicamente presentes a pocos kilómetros de las fronteras italianas.

Los centros de estudio se han multiplicado. Turín y Florencia poseen ahora dos cátedras de Historia de América Latina. En Turín, la de Marcello Carmagnani y la de Marco Bellingeri. En Florencia, la de Antonio Annino y la de Manuel Plana. Junto con estos dos centros principales, existen cuatro cátedras más en otras universidades, a las cuales hay que sumar unas cuantas de Literatura Latinoamericana. El doctorado en Historia de las Américas, recién abierto, permite ahora la titulación de uno o dos estudiantes cada año. Sin embargo, la escasez de recursos y de trabajo, obliga muy a menudo a los investigadores a trasladarse a otros países. Hay que precisar que la universidad italiana es dependiente del Estado, y constituye un sistema único en todo el territorio nacional. Esto permite que el nivel académico se mantenga

más o menos uniforme a lo largo de la península, y sin embargo, provoca una rigidez burocrática que obstaculiza la formación de un mercado intelectual y académico más ágil, como el que existe en México y en Estados Unidos.

En este panorama contradictorio, los vínculos con México se han fortalecido. Por un lado, México, con su estabilidad política y pujante desarrollo económico, garantiza un ambiente propicio a las investigaciones y a los intercambios y convenios académicos internacionales. El Colegio de México, la UNAM y el INAH organizan seminarios y conferencias en las cuales participan eminentes catedráticos italianos. El Fondo de Cultura Económica y otros editores publican estudios históricos de italianos sobre el país, a veces antes de que puedan salir impresos en Italia. En 1991 el presidente Carlos Salinas de Gortari, durante su visita a Italia, inauguró en Turín el Centro di Studi sul Messico in Italia, que se ha convertido en un espacio para la difusión de estudios sobre México de un altísimo nivel.

Por otro lado, México suscita cada vez más interés por su trayectoria histórico-política. Su fórmula democrática aparece *sui generis*, después de 65 años de gobierno de un solo partido político. Su estabilidad política e institucional sorprende en un contexto continental caracterizado por una fuerte inestabilidad de las instituciones y por el papel protagónico de la acción castrense. Por ende, México se ha puesto a la vanguardia en el proceso de modernización económica. El TLC, el ingreso en el OCDE, y el relativo éxito de las políticas económicas neoliberales, colocan al país en una posición privilegiada entre los países latinoamericanos. Sin embargo, no deja de sorprender la persistencia de fuertes contrastes sociales, con una redistribución de la riqueza que deja a una tercera parte de la población en un subdesarrollo, del cual el resto del país parece haber salido. En fin, la transición italiana de la primera a la segunda república (1993-1994), con el fin del largo periodo de oligopolio político de la Democracia Cristiana (1946-1994), ha llamado la atención sobre las analogías con el caso de México, en donde, al contrario, el dominio del PRI parece aún incontrastado.

En este contexto se coloca la publicación del ensayo de Marco Bellingeri y José Luis Rhi-Sausi, *Il Messico. Nazionalismo, autoritarismo, modernizzazione (1867-1992)*. El ensayo, resumen y síntesis de investigaciones anteriores y de la producción historiográfica más reciente, está dirigido a un público más vasto que el pequeño círculo de los especialistas. De hecho, se presenta como una guía para descubrir la formación política del país, ofreciendo claves y ejes de lectura para explicar las características en buena medida atípicas del caso mexicano. El libro se divide en seis partes, que son otras tantas etapas

de un único proceso de larga duración: la formación del estado moderno y la construcción de la nación. El punto de partida es la afirmación del proyecto liberal, a mediados del siglo XIX, seguida por la consolidación del estado liberal oligárquico y su crisis histórica, con la revolución (1867-1917).

La segunda etapa abarca un fenómeno clave: la institucionalización de la revolución (1917-1934). En este periodo se analiza el modo con que fueron solucionados los problemas que habían provocado el colapso del porfiriato: la transmisión del poder, la organización del consenso y la participación amplia de los sectores sociales al proyecto de construcción nacional. Una vez terminada la época anárquica de los caudillos, un nuevo orden fue establecido mediante la creación de un partido-estado corporativo y un estilo político populista con tintes radicales. Para resolver el problema de la transmisión del poder y para dar estabilidad al sistema fue creada la figura del presidente, heredero de don Porfirio pero también expresión directa de la voluntad popular y garantía suprema de los equilibrios, de las autonomías y de los derechos sociales.

El nuevo sistema permitió la incorporación de las demandas y de los intereses de los campesinos, de los obreros, de la clase media y de los empresarios, ofreciendo desde luego un lugar importante a los intelectuales. A los campesinos les fue garantizada la tierra, a los obreros, trabajo, a la clase media, puestos públicos, a los empresarios, negocios. Las tendencias radicales y conservadoras coexistían, conciliadas a través del mantenimiento del mito revolucionario, materializado en las instituciones nacionales.

En la tercera parte se analiza el segundo momento de la institucionalización y de la creación del nuevo orden: el cardenismo (1934-1940). En esta fase, el país revive el mito revolucionario, creando una «tercera vía», mexicana y socialista, entre liberalismo y comunismo. El nacionalismo y el fortalecimiento del estado corporativo son los rasgos que más caracterizan a la experiencia cardenista, más allá de las ideologías radicales adoptadas en el discurso oficial. Enseguida, se analiza el momento del despegue económico y de la unidad nacional, en que se sientan las bases de la estabilidad política y del dinamismo económico mexicano (1949-1958). Luego, el periodo más reciente, el del mantenimiento de la estabilidad, a través del terremoto político del 68 y los desafíos de una sociedad cada vez más politizada y activa. En fin, los años contemporáneos (1982-1992), caracterizados por la progresiva democratización, la crisis institucional con la pérdida del monopolio político por parte del partido oficial, el debilitamiento del poder presidencial y la movilización de una sociedad civil que parece haber madurado,

entre las incertidumbres y los desafíos, una cultura política más moderna y democrática. Sin embargo, paralelamente a la crisis del nacionalismo populista del Estado, se han consolidado las desigualdades sociales y económicas. El precio de la estabilidad en la modernización es la institucionalización de la desigualdad social y económica. Hacia el final del siglo XX el mayor reto para el país es entonces el de completar el proceso de democratización de las instituciones, acabando con la anomalía del partido-Estado, y el de resolver, al mismo tiempo, el problema de la persistencia de un amplio sector de la población que ha quedado atrás, hundido en un tercer mundo económico y cultural, del cual México se ha definitivamente desprendido.

Franco Savarino Roggero
ENAH